

Walt WHITMAN, [*Poemas*]. Selección, traducción y notas de Ana Rosa González Matute. México, UNAM, 1990. Material de lectura, (serie “Poesía moderna” núm. 159).

Dice León Felipe en su prólogo al *Canto a mí mismo* de Whitman:

El *Canto de mí mismo* es el momento más luminoso de Walt y en él están contenidos su doctrina y su mensaje.

Unos versos más adelante agrega:

Pero el *Canto a mí mismo* (*Song of Myself*) es su gran poema polifónico. Es una sinfonía donde no falta ningún instrumento, ninguna voz, ningún paisaje [...]
De aquí la prolijidad de sus letanías y de sus inventarios.
Tiene que pasar lista al mundo y preguntar muchas veces:
¿están todos?

La labor de Ana Rosa González Matute en cuanto a selección no ha de haber sido fácil. Por un lado, escoger de entre los cincuenta y dos cantos del original para lograr una publicación que cumpliera con los requisitos de la serie respecto a la extensión, tiene que haber resultado una tarea difícil, pues esta obra no es sólo, como dice León Felipe, un pasar lista al mundo, un mundo en el que para Whitman “una hoja de hierba no es inferior al curso trazado por las estrellas”, es también su obra más lograda en cuanto a calidad poética.

No obstante ello, Ana Rosa realiza una selección interesante. Incluye dieciocho cantos, del I al VII, del XX al XXVI, el XXVIII, y del XXX al XXXII. Haber escogido los primeros siete cantos resultó una decisión muy acertada, ya que así se mantiene intacta una larga secuencia que permite al lector conocer el ritmo, el fluir del original. Lo mismo sucede con el segundo grupo de cantos elegidos, aunque quizá se podrían haber incluido el XXVII y el XXIX, de por sí breves, para ofrecernos un trozo aún más completo.

En cuanto a los cantos que no incluye Ana Rosa, a las voces que ha tenido que dejar fuera, habría que mencionar que efectivamente sí quedan excluidos la mayor parte de los largos catálogos de Whitman, criticados e incluso parodiados por algunos, alabados por otros, pero que sin duda nos presentan —y aquí cito a David Daiches— “una nueva visión de la historia, del tiempo, de la identidad, de la conciencia, de la realidad”.

Ana Rosa González Matute deja de lado, pues, esta faceta del poema y se concentra más bien en los cantos que giran en torno a ese “yo” whitmaniano tan particular, que fuera de su contexto completo pudiera a veces resultar excesivo, abrumador, obsesivo y desvirtuar así la selección toda, ya que Whitman en ningún momento se resignó a mantenerse encerrado dentro de los límites de su propio ser.

Sin embargo, esto no sucede. Whitman entreteje en cada canto su creencia en la necesidad de explotar constantemente nuevos modos de relacionar la identidad personal con el fértil y complejo mundo a nuestro alrededor. Como ejemplo de esta interacción entre el individuo y el mundo exterior podríamos citar parte del canto IV de la traducción de Ana Rosa González Matute:

Lejos de la contienda y el bullicio se erige lo que soy,
 Se erige divertido, complaciente, compasivo, ocioso, unitario,
 Mira hacia abajo, se yergue o dobla un brazo sobre una base
 impalpable y segura,
 O contempla con la cabeza inclinada a un lado, curioso de lo que
 vendrá
 Dentro y fuera del juego, observándolo, sopesándolo.

Este poeta entreteje también en su poema las voces y las imágenes, los ritmos y los pensamientos de una conciencia rica y diversa, conciencia que se vuelve progresivamente más compleja en la medida en que interactúa con el mundo que la rodea, y que subraya la íntima relación que existe para Whitman entre el individuo y el mundo.

Es evidente que Ana Rosa conoce a su Whitman; fue por ello que no dudó en recortar secciones a sabiendas de que las ideas centrales de este poeta y la voz poderosa y compleja que emana de sus cantos cancelan toda posibilidad de que pudiéramos realizar una lectura en la cual terminaríamos abrumados por la presencia del yo poético; es decir, una lectura pobre y equivocada del texto que nos presenta.

Sin embargo, lo complejo, rico y variado de este libro, del cual dijo el mismo Whitman “Esto no es un libro, quien lo toca, toca a un hombre”, no se hubiera podido traducir sin el amor, la paciencia y el conocimiento de un buen traductor. Como ejemplo de ello me gustaría comentar en detalle dos cantos, el XX y el XXXII, de la traducción de Ana Rosa, la cual sí reúne todos los requisitos de una buena traducción. El canto XX comienza así:

Who goes there? hankering, gross, mystical, nude;
 How is it I extract strength from the beef I eat?

What is a man anyhow? what am I? what are you?

La traducción reproduce el tono interrogante, acumulativo del original, y en el tercer verso logra mantener, mediante la presencia del pronombre personal al final de las últimas dos preguntas, toda la parquedad y el poder del poema en inglés:

¿Quién va ahí? ansioso, rudo, místico, desnudo;
 ¿Cómo extraigo fuerza de la carne que como?
 En realidad, ¿qué es un hombre? ¿qué soy yo? ¿qué eres tú?

El canto XX cobra progresivamente más fuerza en la medida en que el yo poético hace explícita su intención de romper con las limitantes costumbres de lo que marca la tradición, para luego, en el décimo verso, insertar un comentario tan coloquial que bordea en lo cómico. La traducción, de manera muy acertada, logra respetar estos cambios de tono:

No lloriqueo con el lloriqueo del mundo,
 los meses son vacíos y la tierra fango y podredumbre.
 Gimoteando y arrastrándose, dosis de polvos para inválidos,
 la conformidad se aleja intempestivamente.
 Uso mi sombrero a mi antojo dentro y fuera de casa.

En los siguientes tres versos Whitman pasa de un lenguaje puntilloso, casi pedante, a una declaración de amor por su cuerpo, por el cuerpo humano que adquiere en momentos la intensidad, el gozo de un aleluya, y lo mismo sucede en la traducción.

¿Por qué debo rezar? ¿por qué debo venerar y reverenciar?
 Después de haber examinado y analizado hasta lo ínfimo en los estratos, de haber consultado a los doctos y calculado minuciosamente,
 No encuentro grasa más dulce que la que se unta a mis huesos.

En cuanto al canto XXXII, éste comienza con un tono íntimo, de mucha calma, para luego, al ir haciendo hincapié en una serie de verdades de valor universal, adoptar un tono poderoso con ecos del Antiguo Testamento. Una vez más, la versión de Ana Rosa logra mantener este cambio de tono:

Pienso que podría vivir con los animales, son tan plácidos y
 retraídos.
 Me detengo y los contemplo largamente.
 No sudan ni gimen ante su condición,
 No pasan la noche en vela ni lloran por sus pecados,
 No me irritan con sus discusiones sobre sus deberes con Dios,
 Ninguno está insatisfecho, ninguno está obsesionado por la manía
 de poseer cosas,
 Ninguno se arrodilla ante otro, ni ante alguno de su especie que
 haya vivido hace miles de años.
 Ninguno es respetable o infeliz sobre la faz de la tierra.

El canto termina con una descripción de gran poder sensual tanto por las imágenes como por los sonidos y el ritmo, los cuales se mantienen en la traducción:

La belleza gigantesca del semental, fresco y sensible a mis
 caricias,
 De altiva y amplia frente,
 De extremidades lustrosas y ágiles, cola que barre el suelo,
 De ojos plenos de centellante malicia, las orejas finamente
 delineadas, de movimiento flexible.

Ana Rosa González Matute logra recrear en su traducción la mayor parte de los cambios de tono del original, conservando así uno de los aspectos principales del poema de Whitman, que se caracteriza justamente por estas variaciones constantes y que contribuyen en gran medida a la creciente complejidad que va adquiriendo la voz del yo poético.

Otro punto de suma importancia es la cuestión métrica. Whitman fue sin duda un pionero entre pioneros en cuanto al deseo de alejarse de patrones tradicionales y cultivar en su poesía un ritmo más próximo al del habla, o incluso al del pensamiento. Su verso libre intenta, pues, reproducir esto. Whitman buscó, y aquí lo cito a él mismo, “esconder su ritmo y uniformidad en las raíces de sus versos, para que no fueran en sí visibles, sino que irrumpieran libremente como las lilas sobre un arbusto”.

Ana Rosa nos brinda una traducción en verso libre que, en efecto, recrea el ritmo del habla e incluso del pensamiento, y que no por ser libre debe confundirse con fácil. Como ejemplo de ello podría mencionar el canto II cuando dice:

El vaho de mi aliento,
 Ecos, ondas, rumor de murmullo, raíz-amor, hilos de seda, horca y
 vid,
 Mi respiración e inspiración, el latido de mi corazón, el paso de
 sangre y aire por mis pulmones,
 El olor de las hojas verdes y de las hojas secas, y de la playa y de las
 oscuras rocas marinas, y del heno en el granero.

En este Material de Lectura, Ana Rosa González Matute ha celebrado y cantado a Whitman en una traducción cuidadosa, la cual adquiere aún más valor si tomamos en cuenta que la bella obra en español de León Felipe es una paráfrasis, la traducción de Concha Zardoya para la Editorial Aguilar utiliza el español de España, lo cual resulta algo raro para gran parte del público mexicano, y la versión de Álvaro Armando Vasseur, quien fue el primer traductor de Whitman al español, no respeta la división en cantos, entre otras cosas.

En el último canto del poema Whitman escribe:

El halcón manchado descendiende sobre mí y me acusa, se queja de
 que hablo
 mucho y no hago nada.

A mí tampoco me ha domado, yo también soy intraducible,
 Hago sonar mi bárbaro graznido por encima de los techos del
 mundo.

Con esta traducción, Ana Rosa no sólo ha desafiado al "gran viejo de la arruga olímpica", también ha demostrado que el bárbaro graznido intraducible puede sonar en otras lenguas.

Claudia LUCOTTI
 Universidad Nacional Autónoma de México